

TITULO

# El viudo del conde

Alfonso Volpini Tondo

## DEDICATORIA

Dedicado a las mejores relaciones sentimentales de mi vida:  
mis hijos Emma y Manu

## AGRADECIMIENTOS

A los hombres que han pasado por mi vida, en especial al que inspiró al conde.

A Brape, Chafra, Austria, Pepre, Yas y la Caelles,  
sin vosotros mi vida no sería la misma.

Y muy especialmente a Pagui, sin ti no habría sido capaz de muchas cosas,  
incluida esta novela.

¡Gracias!

## CAPÍTULO 1

Madrid, 5 de noviembre de 2029

A la atención de su gracia lord Richard Marc Albert Llombart, I duque de Nottingham y I marqués de Llombart

Amado Richard:

Te escribo estas líneas para pedirte, como cabeza de la familia que eres, tu consentimiento y aprobación, si así lo crees oportuno. Para ello trataré de explicarte y, si conviene, justificar, la decisión que he tomado con respecto a mi vida y que en gran medida ha de afectarte. Me insisten en que lo haga vía correo electrónico, pero la pluma y el papel me resultan más adecuados y cálidos, para esta misiva.

Entiendo que a estas alturas me conoces lo suficiente como para saber mucho sobre lo que te voy a relatar. No obstante, me siento obligado a redactarlo para ti. Ha llegado el temido momento de tomar cartas en el asunto y de no obviar ningún detalle por escabroso que pueda resultar. Ya es hora de llamar a las cosas por su nombre, por lo menos, como yo las nombro. Sobre todo antes de que vengáis a visitarme para celebrar mi sesenta cumpleaños. Me siento agradecido y agasajado por vuestra decisión de asistir en esa fecha. Y estoy de acuerdo con tu nota, ya nos hemos perdido demasiadas celebraciones en esta familia.

Los preparativos de la celebración y de vuestra estancia ocupan parte de mi tiempo y me están trayendo muchas dudas y recuerdos. Se agolpan en mi memoria vivencias de estas seis décadas y en más de la mitad has estado tú. Quizá la relación más sana y complicada de todas las que he tenido.

En cuanto a cuestiones prácticas sobre vuestro viaje, confirmarte que el palacete de La Granja está dispuesto para alojarnos a todos, incluidos tus invitados misteriosos. Lo único que te rogaría sería que me facilitaras el rango de

los mismos, por el protocolo a seguir. Me produce una especial ilusión vuestra presencia, por ello considero que es justo y necesario aclarar algunas novedades futuras en mi vida. Imagino que las sospecharás, aunque creo conveniente que las oigas de mi boca, más bien que las leas de mi puño y letra.

Mientras te escribo me encuentro añorando lo inimaginable nuestro Londres. Hoy hace un día desapacible, ventoso y húmedo; demasiado húmedo para Madrid. Está anocheciendo y desde el mirador veo cómo se mecen los árboles de El Retiro. Más que mecerse, parece que se debaten en duelo los unos contra los otros, o todos ellos contra este cielo extrañamente plomizo de la capital. Son altos y esbeltos, con unas pocas hojas amarillentas. Se me antojan semejantes a tu padre, alto, esbelto, elegante y luchador, con aquella mata de pelo rubio, cuasi quijotesco.

No puedo dejar de comparar el gabinete desde el que te escribo con el que tenía en nuestra casa de Nottingham Place. No gana ninguno de los dos, cada uno está adornado con distintos recuerdos. Este es el de mi madurez, casi senectud y el que ahora ocupa tu esposa fue el de mi vida de casado. Hace bastante tiempo que no voy por nuestra casa, ahora vuestra, pero la última vez la habíais cambiado poco. No me resultó demasiado extraño ver que ya no me pertenecía, de hecho me alegró comprobar que lo usaba Maggie. Me disculparás la familiaridad con su alteza real, puesto que en tantas ocasiones me la has rogado. Creí que se me haría más complicado ver la casa que tanto tiempo había ocupado habitada por vosotros, pero no ocurrió así y me alegro de ello.

Aquí, ya he conseguido sentirme en casa, a gusto. Este es el rincón favorito de mis tardes, mi despacho. Presidido por el retrato de tu abuela, mi suegra, que tan amablemente me cediste entre otros objetos del patrimonio familiar, aunque pudiera parecer grosero el no tener a mis padres retratados, ellos siguen con vida y no tengo prisa alguna de que formen parte solo de la decoración. De todos los retratos que tenía siempre me gustó este, el de su puesta de largo, en la época en la que estaba llena de ilusiones allá en su tierra, en casa de sus padres. Estaba radiante, con un vestido blanco inmaculado, sentada con las manos apoyadas en el regazo, con esa tranquilidad en su rostro y los ojos iluminados de sueños e ilusiones. Con las uñas pintadas de rojo suave, esas uñas almendradas que le

hacían esas manos distinguidas. Llevaba el pelo suelto, una media melena con esos rizos tan suyos, un prendido de flores como tocado y el juego de esmeraldas que lució tu esposa en vuestra boda. Justo debajo tengo colocada una fotografía de tu padre, les doy las buenas noches cada día, se ha convertido en una costumbre que me inyecta un poquito de calor cada noche. Confirmando que existieron, que estuvieron en mi vida y que no les olvidaré.

El resto del despacho está tal y como lo viste en tu último viaje, con mi desorden ordenado... ya no dejo que nadie meta mano en él. Al final tener dos mesas no ha sido una buena idea, por querer mantener la de mi bisabuelo he tenido que hacerme con otra más moderna y resistente para el ordenador, ya que me resisto a deshacerme de la antigua. Es evidente que no soportaría peso. Está, si cabe, un poco más combada cada año, pero confío en que la madera aguantará hasta que yo ya no esté. El tapete de cuero verde está un poco mellado y el ribete dorado en algunos lugares se adivina más que verse. Eso sí, mantengo el sillón y las dos sillas a juego. Ya ni el teléfono tengo encima, por si acaso; solo la lámpara con pie de latón y pantalla de piel de cabra. Sí, ¡seguro que la recuerdas!, el pie es un estrecho tronco con un bailarín agarrado a él. En ella sigo escribiendo, como por ejemplo, esta carta.

También tengo sobre la mesa un retrato mío de cuando tenía unos tres años. Tengo candidez en la mirada y una sonrisa divertida. Lo observo a menudo buscando la esencia que debería quedar en mí de aquel niño pequeño. Supongo que algo quedará, pero, tampoco lo tengo muy claro. Las teorías de la psicología argumentan que en los primeros tres años de vida se crea el carácter y se quedan fijados los aprendizajes vitales mayoritarios. Ha pasado tanto tiempo desde ese momento que empiezo a dudar que quede algo de lo aprendido entonces. Igual no me miro suficiente al espejo, si no fuera porque me lo dicen, creería haber perdido fatalmente esa sonrisa.

Recuerdo los que fueron los trece años de mayor oscurantismo y ocultismo de la relación con mi marido. Los primeros dos pasé ante todos como un amigo más, prácticamente nadie conocía nuestra historia. Tu abuelo nunca supo quién era yo en la vida de tu padre, murió antes del cataclismo informativo.

Durante esos dos años te estaban gestando a ti. Nunca te hemos ocultado que fuiste fruto de una inseminación en una madre de alquiler. La única concesión que les hizo tu padre a tus abuelos fue concebir un heredero para que no se perdiera el condado. No quiero decir con esto que no quisiera tener descendencia, a las pruebas me remito, te adoró y te amó durante toda su vida.

Nuestro noviazgo fue bastante atípico, tu padre buscaba otro padre para su hijo y un compañero respetable para mostrar en público, amén de alguien que le aguantara toda la vida. Yo era el candidato perfecto, como se ha demostrado. En mi ideario no entraba dejar a un marido bajo ningún concepto, aunque tampoco entraba tener un hijo y menos con dos padres y sin madre. Jamás me lo había planteado, incluso era de los que opinaba que lo de tener descendencia se lo dejaba a otros y a otras. De gustarme un guapo caballero terminé de padre de familia. He de reconocer que me vino grande durante mucho tiempo. Tus tres primeros años que, se supone marcaron tu personalidad, los viviste de una forma un tanto extraña. Con un padre maravilloso y un tipo que pernoctaba en tu casa, que estaba en los momentos familiares, pero sin cargo y casi sin nombre. Para mí eras el hijo de mi amado.

Por suerte la situación cambió para todos debido a la decisión de tu padre. Yo ya me había trasladado a la casa cuando tú naciste. Sin dar ningún tipo de explicación tu padre me invitó a vivir con vosotros. Oficialmente tenía mi cuarto en la casa y no con el servicio en los edificios adyacentes. La realidad es que dormía con tu padre pero en calidad de nada definido. El personal de la casa, por deferencia y obviedad, no preguntó ni se cuestionó nada, pero a tu abuela no le gustó ni un pelo, aunque tardó unos meses en enterarse. Fue entonces cuando estalló la hecatombe, la primera de las que, a lo largo de los años, han ocurrido entre tu abuela y tu padre, teniéndome a mí como foco y centro de las mismas. Tu abuela no comprendía, ni quería comprender, qué hacía un amigo viviendo en la casa insignia del condado.

Aquello sentó las bases de la relación que tuvimos durante casi toda nuestra vida con nuestros altibajos incluidos. También consiguió un distanciamiento entre ellos que duró, según mi opinión, demasiado tiempo. Allí me encontraba yo entre la espada y la pared, entre tu abuela y su lógica y entre

tu padre y el amor que yo sentía hacia él. Lo peor fue que tú también estabas en medio de todo aquello y a la fuerza tuvo que afectarte. Por ello me he sentido culpable toda mi vida, por eso y porque mientras tu padre estuvo entre nosotros e incluso algún tiempo después, siempre le antepuse a ti y a tus intereses. Me has demostrado y asegurado, con hechos y con palabras hasta la saciedad que no guardas rencor alguno. Ya sé que esta conversación ya la hemos tenido con respecto a tu papel y a las posibles consecuencias. Ahora te cuento mi posición y probables secuelas.